

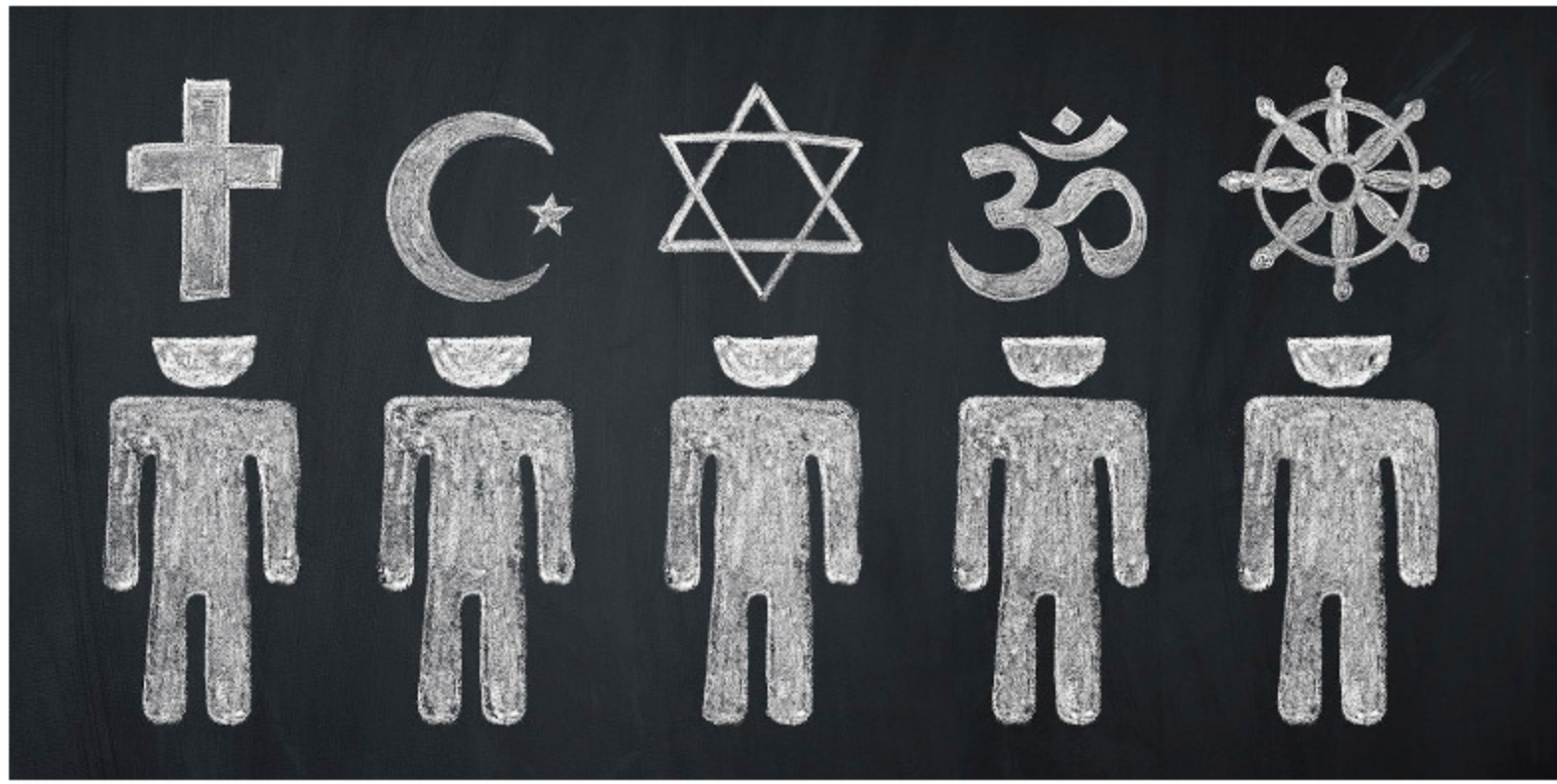
# El peligro de vivir en la sociedad perfecta

06 junio, 2018

PUBLICIDAD >>

Por Andrés Riva Casas

*Construir una sociedad perfecta es un anhelo humano recurrente, especialmente en aquellas comunidades que suponen compartir una idea de perfección. Sin embargo, el deseo de acceder a una sociedad perfecta, en la que todos compartan los mismos valores y una concepción de la buena vida, no solo encierra enormes peligros, sino que además encarna un espíritu profundamente antiliberal.*



La comunidad tiene un efecto muy poderoso sobre el individuo. Fue Aristóteles el primero en percibir esta influencia, a la que adjudicó un condicionamiento inexpugnable de la condición humana. El hombre, decía Aristóteles, es un "animal político", sociable por naturaleza, que no concibe la vida por fuera de la comunidad. Esta idea, para muchos incuestionable, supone sin embargo reconocer que la capacidad del individuo para definirse a sí mismo está profundamente limitada por el resto de los individuos que forman parte de esa comunidad. Sin familia, sin amigos, sin tradiciones y sin una estructura común en la cual insertarse, el individuo no existe. Debemos concluir, siguiendo esta idea, que la comunidad es el medio en el cual las personas se realizan, el espacio común en el que todas las vidas cobran sentido. La metáfora perfecta para explicar esta noción es la de un organismo vivo en la que éste se mantiene en funcionamiento de sus órganos y estos viven, a su vez, gracias a que forman parte del conjunto. Si intentásemos extraer el corazón de una persona, su hígado o sus pulmones, solo conseguiríamos la muerte simultánea del órgano y el organismo. Así funciona la sociedad aristotélica: el individuo es incapaz de mantenerse con vida sin la red de contención que supone la convivencia comunitaria.

## EL COMUNITARISMO

El liberalismo, como filosofía política, es profundamente individualista y sus postulados centrales no pueden concebir tal influencia de la comunidad en el individuo. Como ser racional, toda persona tiene la capacidad – y también la libertad – de definirse a sí mismo y de decidir a qué comunidad prefiere pertenecer. No está condicionado por su nacimiento, ni por el lugar geográfico de su existencia, ni menos aun por las costumbres, tradiciones, o valores de la sociedad a la que pertenece. Para el comunitarismo, el individuo no es más importante que la comunidad. Para el liberalismo no hay nada más importante en una sociedad que los individuos que la componen.

Así como el liberalismo ha sido construido en base a las ideas de pluralismo y tolerancia, el comunitarismo supone que toda sociedad debe limitar abiertamente su heterogeneidad, pues su bienestar depende de que todos compartan las mismas concepciones de la buena vida: en pocas palabras, lo importante es que los valores sean compartidos y respetados por todos, porque es a través de ellos que la sociedad podrá alcanzar el nivel de perfección anhelado.

La palabra perfección no ha sido empleada aquí de forma ingenua, sino totalmente deliberada, pues el comunitarismo es una filosofía perfeccionista.

Las teorías comunitaristas consideran que todo lo que es básico para la ética deriva de los valores comunitarios, del bien común, de los objetivos sociales, de las prácticas tradicionales y de las virtudes como la solidaridad y la cooperación.

Michael Sandel, uno de los más eminentes comunitaristas contemporáneos, lo define de la siguiente forma: "desde el momento en que nuestro propio entendimiento abarca no sólo al individuo en sí sino a un concepto más amplio que requiere a una familia o a una tribu, o a una ciudad o a una clase o a una nación o a las personas en general, la comunidad queda definida en un sentido constitutivo. Y esta comunidad se caracteriza no sólo por su espíritu de beneficencia, o por la prevalencia de los valores comunitarios o por unos objetivos finales comunes, sino porque todos sus miembros hablan un mismo lenguaje y comparten la misma base de prácticas y entendimiento implícito".

## LA NEUTRALIDAD DEL ESTADO

Para el liberalismo, el Estado tiene un deber de neutralidad respecto a las formas de vida de sus ciudadanos. Sin importar cuáles sean sus valores, ni los objetivos últimos de su vida o su grado de respeto por las costumbres tradicionales, el Estado debe ofrecerle el mismo trato ecuánime que al resto de los individuos que componen la estructura social. El ensayo Sobre la Libertad, de John Stuart Mill, es quizá el mejor resumen de esta noble idea. "La sociedad ha derrochado mucha energía en tratar (según sus luces) de obligar a las gentes a que acepten sus ideas de perfección, tanto individual como social", decía Mill en una airada crítica a la insana costumbre de intentar dominar la vida privada de las personas. Agregaba, en ese sentido, que incluso la salud física y mental es responsabilidad última de cada individuo: "La única libertad que merece ese nombre es la de buscar nuestro propio bien, por nuestro propio camino, en tanto no tratemos de privar a los demás del suyo o dificultemos sus esfuerzos por conseguirlo. Cada uno es guardián particular de su propia salud, ya sea física, mental o espiritual. La humanidad sale más beneficiada si se consiente que cada cual viva a su manera que si se ve obligado a vivir como les parece a los demás".

Pero para los comunitaristas, esta idea liberal es absurda. En su famoso libro "Historia de la ética", Alasdair MacIntyre consideraba falaz la idea de una ética individual capaz de diferenciarse de aquella correspondiente al orden social: "el intento de encontrar un punto de vista moral completamente independiente del orden social puede identificarse con la búsqueda de una ilusión". Para MacIntyre, quien se posiciona al margen de la corriente liberal, la sociedad puede y debe aspirar al ideal de perfección si es capaz de comprender que sus valores compartidos conforman una ética excluyente de la cual todos sus integrantes deben formar parte para pertenecer como miembros de pleno derecho.

## PERFECCIONISMO

La sociedad liberal y democrática es una construcción humana que asume la inevitabilidad del conflicto. Se concibe a sí misma como una conjunción de intereses individuales, muchas veces contrapuestos, que pueden ser solapados en beneficio de otros intereses comunes como la seguridad y justicia, algo que permite la cooperación social. La sociedad liberal, por tanto, no aspira jamás a la perfección, sino al encausamiento del conflicto por canales civilizados y pacíficos que no pongan en riesgo el contrato social, que son aquellas normas e instituciones que habilitan la convivencia.

Pero el comunitarismo no valora particularmente el conflicto, sino que aspira a su eliminación a través de la homogeneidad social. Una sociedad no puede ser sustentable si reina en ella el pluralismo, si la diferencia se impone a la semejanza y si cada individuo reclama el derecho a llevar el tipo de vida que se le venga en gana. Deben existir valores incuestionables, compartidos por todos y – lo más importante – deben existir formas de sancionar a quienes vivan al margen de dichos valores. En la Grecia clásica, el mayor castigo era el destierro. Es decir, la expulsión del individuo de su comunidad, lo que implicaba algo peor que la muerte: era la pérdida de la identidad, el desarraigo absoluto.

Actualmente asistimos a una proliferación del discurso perfeccionista. A medida que el pluralismo pone en evidencia las enormes diferencias normativas entre unos y otros integrantes de la sociedad, surgen voces que reclaman la imposición de valores que "todos deberían compartir". "Se están perdiendo todos los valores", suelen decir aquellos que se sienten afectados. Y lo dicen tanto cuando se quejan de aquellos que pierden la cultura del trabajo como de los jóvenes que ya no se casan o deciden practicarse un aborto. En este sentido, la pérdida de valores refiere al surgimiento de valores contrapuestos, de diferentes formas de encarar la vida, que son tan válidos como el resto.

En una sociedad liberal eso jamás será un problema, siempre que haya tolerancia. En una sociedad perfeccionista se reprimirá a todos los que no observen en detalle los valores imperantes, se prohibirán las prácticas contrarias a dichos valores y la política no podrá ser nunca neutral respecto a las formas de vida: moral y política son caras de una misma moneda.

\*Lic. en Estudios Internacionales. Docente de Política Comparada en la Licenciatura en Estudios Internacionales de la Universidad ORT Uruguay. Miembro Colaborador del Consejo Uruguayo para las Relaciones Internacionales (CURI). Director de Diario EL HERALDO.

\*\* Para este artículo se utilizaron:

MacIntyre, Alasdair. (2006). Historia de la ética. Barcelona: Paidós Ibérica.  
Mill, John Stuart. (1869). Sobre la libertad. Madrid: Bibliotrca EDAF.

Compartir esta noticia: Like 0 Share Tweet

Sobre el autor Últimos artículos

Andrés Riva Casas Director responsable de Diario El Heraldo

Noticia anterior << Los plátanos de Florida

### NOTICIAS RELACIONADAS



ESTADO Sin acuerdo entre Presidencia y colono Arrieta por demanda



INSEGURIDAD Presión en la olla



Cavani y tiene derecho a ofender